

LA ADORACIÓN REFORMADA

JONTY RHODES


P U B L I S H I N G
P.O. BOX 817 • PHILLIPSBURG • NEW JERSEY 08865-0817

BENDICIONES DE LA FE

Serie

Jason Helopoulos

Editor de la serie

La adoración reformada, por Jonty Rhodes

El bautismo pactual, por Jason Helopoulos

La oración persistente, por Guy M. Richard

La predicación expositiva, por David Strain

La teología reformada, por Jonathan Master

© 2024 por P&R Publishing

Traducido del libro *Reformed Worship* © 2023 por Jonty Rhodes, publicado por P&R Publishing.

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de este libro puede ser reproducida, almacenada en un sistema portátil, o transmitida en ninguna forma o por cualquier medio —electrónico, mecánico, fotocopiado, grabado o de cualquier otra índole—, a excepción de citas breves para el propósito de revisar o comentar, sin el permiso previo de la editorial P&R Publishing Company, P.O. Box 817, Phillipsburg, New Jersey 08865-0817.

A menos que se indique lo contrario, las citas bíblicas son tomadas de Nueva Biblia de las Américas (NBLA), Copyright © 2005 por The Lockman Foundation. Usadas con permiso. www.NuevaBiblia.com.

Las citas bíblicas identificadas como NTV han sido tomadas de la Santa Biblia, Nueva Traducción Viviente, © Tyndale House Foundation, 2010. Usado con permiso de Tyndale House Publishers, Inc., Carol Stream, IL 60188, Estados Unidos de América. Todos los derechos reservados.

Las citas bíblicas identificadas como NVI son tomadas de la Santa Biblia, Nueva Versión Internacional. © 1999 por la Sociedad Bíblica Internacional.

Las citas bíblicas identificadas como RVR 1960 han sido tomadas de la Reina-Valera 1960™ © Sociedades Bíblicas en América Latina, 1960. Derechos renovados 1988, Sociedades Bíblicas Unidas.

Las citas bíblicas identificadas como JBS han sido tomadas de la Biblia del Jubileo, editado por: Russel M. Stendal, Biblia del Jubileo (JBS) © 2000, 2001, 2010, 2014, 2017, 2020.

Las letras cursivas dentro de las citas bíblicas son para añadir énfasis.

Traducción: Rodrigo Hinojosa

Revisión: Stephanie Ann Michel

Maquetación: Francisco Adolfo Hernández Aceves

Impreso en los Estados Unidos de América

Library of Congress Cataloging-in-Publication Data

Names: Rhodes, Jonty (Clergy), author. | Hinojosa, Rodrigo, translator.

Title: La adoración reformada / Jonty Rhodes ; traducción, Rodrigo

Hinojosa, Querétaro, México.

Other titles: Reformed worship. Spanish

Description: Phillipsburg, New Jersey : P&R Publishing, [2024] | Series:

Bendiciones de la fe | Translation of: Reformed worship. | Includes

bibliographical references. | Summary: "Con atractivo entusiasmo Jonty Rhodes celebra la simplicidad y libertad de la adoración reformada.

Descubre la emoción de encontrarte con Dios a través de los medios y en la manera que Él promete bendecir"-- Provided by publisher.

Identifiers: LCCN 2024004207 | ISBN 9798887790756 (paperback) | ISBN 9798887790763 (epub)

Subjects: LCSH: Public worship--Reformed Church. | Worship--Biblical teaching. | Presbyterian Church--Doctrines.

Classification: LCC BX9427 .R4918 2024 | DDC 264/.042--dc23/eng/20240213

Para la pequeña Iona.

Que puedas unirte a tu familia en adoración alrededor
del trono.

Y con agradecimiento a Matthew, David, Paul y Jonny,
de quienes he aprendido tanto y a quienes siempre
puedo acudir.

CONTENIDO

Prólogo por Kevin DeYoung	9
Introducción: Bienvenidos	13
1. La promesa de la adoración	19
2. El propósito de la adoración	39
3. El principio de la adoración	57
4. El poder y los pilares de la adoración	79
5. El patrón de la adoración	101
Preguntas y respuestas sobre la adoración reformada	129
Recursos recomendados	161
Notas	165

PRÓLOGO

Se ha dicho a menudo —a veces con sentido de humor y a veces en tono molesto— que a las iglesias presbiterianas y reformadas les encanta hacer todo «decentemente y con orden». Puedo entender tanto el humor como la frustración que subyacen a este sentimiento. Nos encantan nuestros planes, nuestras actas de reunión, nuestras cortes y nuestros comités. Los presbiterianos y los reformados han llegado a nombrar comités solo para supervisar otros comités (lo que me recuerda al viejo titular del periódico satírico *The Onion* que anunció: «Se abre nuevo Starbucks en el baño de un Starbucks»). Nos encanta hacer las cosas con tanta decencia que esperamos que los oficiales de nuestras iglesias conozcan tres cosas: la Biblia, nuestras confesiones y un libro que contenga en su título la palabra «orden».

Sin embargo, antes de que sacudamos la cabeza en incredulidad ante aquellos sujetos ultra reformados (médico, cúrate a ti mismo), debemos recordar que antes de que la frase «decentemente y con orden» fuera una

preferencia presbiteriana, fue un mandamiento bíblico (ver 1 Co 14:40). La instrucción de Pablo a la iglesia de que debe distinguirse por compostura, decoro y de que debe tener un comportamiento ordenado similar al de filas de soldados, es una conclusión adecuada para una porción de las Escrituras que trata con la confusión de género, la confusión en la mesa del Señor, la confusión respecto a los dones espirituales, la confusión en el cuerpo de Cristo y la confusión en el culto público. La frase «decentemente y con orden» suena bastante bien si la comparamos con el desastre que prevalecía en Corinto.

Una crítica frecuente contra los cristianos presbiterianos y reformados es que, aunque su mente es excelente, su corazón es deficiente. Somos los estoicos sin emociones, los monumentos invariables, los inmóviles escogidos de Dios. Tales insultos velados, sin embargo, no hubieran impresionado al apóstol Pablo porque él sabía que lo opuesto al orden en la iglesia no es la espontaneidad que fluye sin cesar, sino el caos egocéntrico. Dios jamás exalta la confusión por encima de la paz (ver 1 Co 14:33). Él nunca pone en competencia ni a la teología contra la doxología ni a la mente contra el corazón. David Garland lo dijo de esta forma tan memorable: «El Espíritu de ardor también es el Espíritu de orden».¹

Cuando Jason Helopoulos me pidió que escribiera un prólogo para esta serie, accedí con gusto, no solo porque Jason es uno de mis mejores amigos (o porque ambos seamos fanáticos de los desafortunados Chicago

Bears), sino porque estos tomos cuidadosos, balanceados y bien argumentados ocuparán un lugar de importancia en las estanterías de las iglesias presbiterianas y reformadas. Necesitamos libros breves y accesibles escritos por pastores concienzudos y experimentados, dirigidos a los miembros comunes, que traten los elementos fundamentales de la vida y el ministerio en la iglesia. Eso es lo que necesitamos, y eso es lo que esta serie ofrece: respuestas sabias a muchas de las preguntas más prácticas y urgentes de la Iglesia.

Esta serie de libros sobre la teología, la adoración y los sistemas de gobierno presbiterianos y reformados no es una exploración sobre 1 Corintios 14:40 en múltiples tomos, pero me agrada que esté audazmente escrita con este mandamiento de Pablo en mente. La realidad es que todas las iglesias adoran de alguna manera, oran de alguna manera, son dirigidas de alguna manera, están estructuradas de alguna manera y cumplen con el bautismo y con la Cena del Señor de alguna manera. Toda iglesia pone por obra algún tipo de teología, incluso si esa teología se basa en el pragmatismo en lugar de principios bíblicos. ¿Por qué no querríamos que la vida que compartimos en la iglesia esté moldeada por las mejores reflexiones exegéticas, teológicas e históricas? ¿Por qué no querríamos ser considerados en lugar de desconsiderados? ¿Por qué no querríamos que todas las facetas de la vida que vivimos en comunidad se hagan decentemente y con orden? Ese no es el estilo de vida presbiteriano ni reformado. Es

el estilo de vida de Dios, y los creyentes presbiterianos y reformados harían bien en recordarlo.

Kevin DeYoung
Pastor principal, Christ Covenant Church
Matthews, Carolina del Norte

Introducción

BIENVENIDOS

Invitado al frente por el amigable y bien intencionado pastor, observé a una congregación quizás diez veces más grande que la mía. Los ancianos se nos unieron en la plataforma, y a mí me colocaron hasta el frente, en el mero centro. Cuando asintió con la cabeza el director musical, la congregación, el pastor y los ancianos comenzaron a cantar. Sin himnarios. Sin boletines. Sin las letras proyectadas en las pantallas. Todos sabían qué hacer. Bueno... casi todos. Sigo sin tener la menor idea de qué estaban cantando. *Creo* que estaba en latín. Yo, parado en la plataforma, moví mis labios, como pececillo, y fingí que sabía qué estaba sucediendo.

Tal vez has tenido alguna experiencia similar. Los estilos de adoración (en efecto, los servicios de adoración) varían tremendamente entre iglesia e iglesia, incluso entre los cristianos evangélicos que creen en la Biblia. Pueden, a veces, dejarnos confundidos. Tenemos órganos y guitarras eléctricas, coros y grupos de alabanza,

pastores en pantalones hípster de mezclilla, pastores en traje y pastores en sotanas provenientes directo del siglo XVII. Tenemos servicios formales con liturgias altamente estructuradas y «eventos» llenos de montajes de video con recesos, rosquillas y espectáculos de títeres. ¿Qué debemos pensar de todo esto? ¿Es este el resultado inevitable y bienvenido de la diversidad cultural? ¿Es un caso de cristianismo de bufé, donde todos escogen su sabor favorito y donde no hay cosas correctas ni incorrectas? ¿O habrá algo más sustancial en juego?

Espero que este breve libro te persuada de lo último: es decir, que la adoración importa. No solo *el hecho* de adorar (casi todos los cristianos concordarían en eso), sino que también *el modo* en que adoramos importa.

Me doy cuenta de entrada que esto podría poner nerviosos a algunos lectores. ¿No hemos tenido ya suficientes «guerras de adoración», los pleitos interminables entre creyentes que profesan amarse los unos a los otros? ¿En verdad necesitamos que otro pastor se entrometa para dar golpes a diestra y a siniestra contra cualquiera que haga las cosas un poco diferente a él? Si estás entre los lectores nerviosos, permíteme asegurarte que las páginas que siguen no servirán para demoler otras tribus y tradiciones. En cambio, me gustaría darte un recorrido por la casa en la que vivo: la casa de la adoración reformada. Descubriremos por qué fue edificada así y la razón de las características que podrían parecer extrañas a primera vista.

Antes de entrar a la casa, sin embargo, pasemos un momento más en el jardín. ¿Por qué vale la pena entrar en primer lugar? ¿De verdad importan tanto el contenido y el estilo de un servicio de adoración? Permíteme sugerirte que sí.

La misión del Padre

Una sola vez en la Biblia, se nos dice que el Padre busca algo: «El Hijo del Hombre ha venido a buscar y a salvar lo que se había perdido» (Lc 19:10). A los cristianos se les dice que «busquen primero Su reino y Su justicia» (Mt 6:33). Sin embargo, el Padre busca solo una cosa: «Los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y en verdad; porque ciertamente a los tales el Padre busca que lo adoren» (Jn 4:23). El Padre busca adoradores. El Hijo de Dios —quien fue enviado por Su Padre— lo sabe. Dicho de otra manera, Jesús fue enviado para rescatarnos con el fin de que podamos adorar.

Medita en eso. El Hijo de Dios se vistió de carne, se hizo hombre y habitó entre nosotros para que nosotros podamos adorar. El Hijo de Dios anduvo en obediencia perfecta a Su Padre, cumpliendo toda justicia y resistiendo los ataques de Satanás para que nosotros podamos adorar. El Hijo de Dios soportó burlas, azotes y escupitajos para que nosotros podamos adorar. La saliva corrió por el rostro del Creador con tal de crear adoradores. El Hijo de Dios fue despojado y clavado a una cruz. Sufrió

una muerte agonizante bajo la ira de Dios para que nosotros podamos adorar. El Hijo de Dios fue despedazado, el alma le fue arrancada del cuerpo, y fue sepultado en tierra antes de resucitar para que nosotros podamos adorar.

¿La adoración importa? Queda claro que Jesús cree que sí. La meta del evangelio es la adoración.

Recobremos la Reforma

Muchos de nosotros estamos familiarizados con la Reforma, el gran movimiento del siglo XVI que buscó recobrar la gracia del evangelio del lodo cenagoso del catolicismo romano. Lo que a veces sorprende a las personas es qué tan central fue el redescubrimiento de la adoración bíblica para el pensamiento de los líderes clave de la Reforma. Por ejemplo, Juan Calvino le escribió al emperador Carlos V que «el modo en el que Dios debe ser adorado apropiadamente» tiene el «lugar *principal*» en «la sustancia entera del cristianismo», mientras que «el origen de dónde se obtiene nuestra salvación» solo viene en *segundo* lugar.¹ ¿Cómo es que la fe cristiana se afianza y permanece en la sociedad? Sencillo, dice Calvino, debes saber dos cosas: cómo adorar a Dios y cómo ser salvo. Yo estoy bastante seguro de que muchos de nosotros hubiéramos pasado por alto el punto sobre la adoración. Tendemos a pensar que es el evangelio lo que importa; una vez que eres salvo, puedes adorar como

gustes. Sin embargo, Calvino entendió que la adoración hace y forma a los discípulos.

La realidad de que la adoración nos forma es un principio bíblico clave. Tomemos de ejemplo el Salmo 115. Describiendo a los ídolos, el escritor afirma:

Tienen manos, y no tocan;
Tienen pies, y no caminan;
No emiten sonido alguno con su garganta.
Se volverán como ellos los que los hacen,
Y todos los que en ellos confían (vv. 7-8).

Los idólatras se vuelven como sus ídolos porque la adoración es formativa y nos moldea a la imagen de aquello que reverenciamos. Por lo tanto, las preguntas de a quién y cómo adoramos son vitales para la vida y la salud de la iglesia. En las páginas a continuación, veremos las grandes bendiciones de adorar a Dios de la manera que Él mismo ha establecido para nosotros.

1

LA PROMESA DE LA ADORACIÓN

Entonces, ¿cómo debemos adorar? ¿Qué se supone que hagamos? Una vez que entendemos la importancia de la adoración, estas preguntas vienen de forma natural. Sin embargo, necesitamos detenernos, al menos un poco. Ya hemos visto que es el Padre quien busca adoradores, no al revés. La adoración no comienza con un acto nuestro, sino con uno de Dios. Antes de que podamos considerar qué cosas son correctas para un servicio de adoración, debemos considerar cómo Dios hace posible la adoración para empezar. Piensa en un partido de tenis: no se le puede enseñar a un jugador a devolver un saque a menos que alguien saque primero.

La adoración, tal como lo veremos, es como una conversación, un diálogo. Pero nosotros somos los segundos en hablar, no los primeros. No sabremos cómo responder a Dios de una manera que lo agrade hasta que veamos cómo Él se presenta y qué pide de nosotros.

¿Qué hay en una palabra?

Ya hemos comenzado a definir de manera preliminar lo que es la *adoración*. La adoración es lo que sucede cuando Dios se acerca a Su pueblo. Como con muchos términos teológicos, no hay un pasaje en las Escrituras donde Jesús nos dé una definición de diccionario. Algunas personas a veces comienzan su definición considerando la palabra en español. *Adoración* se deriva del prefijo latino «ad-», el cual significa «hacia», y del término «orare», el cual significa hablarle o rendirle culto a Dios. Este no es un mal lugar para comenzar, dentro de lo que cabe. Cuando nos reunimos, esto es parte de lo que hacemos. Sin embargo, ¡la Biblia no fue escrita en español!

Otros se concentran en las diferentes palabras hebreas y griegas que tienden a traducirse como «adoración» en las versiones de la Biblia en español. Para empezar, hay varias palabras diferentes en ambos idiomas que tienden a traducirse como *adoración* en nuestra Biblia. Lamentablemente para incrementar la confusión, estas palabras no *siempre* se traducen así.

Tomemos como ejemplo la palabra hebrea *abád*. Esta aparece en 2 Samuel 15:8, donde Absalón dice: «Le prometí a Dios que si él me permitía volver a Jerusalén, yo iría a Hebrón para adorarlo» (TLA). Queda claro que Absalón está hablando de ir al templo y adorar en la manera directa de ofrecer sacrificios de acción de gracias. Pero la NTV traduce *abád* como «ocupara» cuando

Adán recibe el mandato de ocuparse de y custodiar la tierra (Gn 2:15), y la NBLA la traduce como «servir» cuando Moisés y Faraón discuten sobre a quién debe servir el pueblo de Israel (ver Éx 9:1; 14:5 entre muchos otros). Estos versículos utilizan la misma palabra hebrea para referirse a una adoración general de «toda la vida», en lugar de a un «servicio de adoración» enfocado en el templo.

De manera que enfocarse en una o dos palabras griegas o hebreas, examinar su etimología y sacar una definición de *adoración* resulta ser algo difícil. Algunas de estas palabras tienen el sentido de «postrarse»; otras, de «besar»; otras, de «honrar»; y otras, como lo hemos visto, de «ocuparse» o de «servir». Los estudios de palabras tienen su lugar y pueden ayudarnos a no limitar demasiado nuestro entendimiento. Sin embargo, no son suficientes para llevarnos a donde queremos en términos de entender lo que sucede cuando nos reunimos el domingo por la mañana. Así que, antes de seguir intentando definir el término *adoración*, debemos regresar a la idea de que la adoración es algo que Dios comienza.

Salvados para adorar

¿Dónde comenzar con la historia de la adoración? Podríamos empezar en la creación, mirando a las estrellas: «Los cielos proclaman la gloria de Dios, y el firmamento anuncia la obra de Sus manos» (Sal 19:1). Junto

con Nehemías, podríamos mirar a los ángeles y decirle a Dios: «El ejército de los cielos se postra ante Ti» (Neh 9:6). De hecho, podemos buscar en casi cualquier lugar, ya que el gran himnario de la Biblia termina con el llamado: «Todo lo que respira alabe al SEÑOR» (Sal 150:6).

Para llegar al meollo del asunto, lancémonos a la historia del Éxodo. El pueblo de Dios está esclavizado bajo el dominio de Faraón, pero son el pueblo *de Dios*, no de Faraón. Así que deben ser liberados para poder adorarlo a Él. Por fortuna, Dios ha hecho con ellos un compromiso, un *pacto*, como lo llama la Biblia. *Pacto* es la palabra que usa la Biblia para describir la relación entre Dios y Su pueblo. Cuando los israelitas sufrían bajo el azote egipcio, «su clamor subió a Dios, a causa de su servidumbre. Dios oyó su gemido y se acordó de su pacto con Abraham, Isaac y Jacob» (Éx 2:23-24).

«[Dios] se acordó» no significa que Dios estuviera recordando algo que se le hubiera olvidado. Significa, más bien, que estaba decidiendo actuar conforme al pacto que había hecho. Su recuerdo desató una batalla entre Faraón y Dios para decidir a quién serviría Israel. La batalla se describe con mayor frecuencia en términos de una de nuestras palabras de adoración, *abád*. Su sentido a veces es lo que podríamos llamar *adoración de «toda la vida»* o, en términos más sencillos, *servicio*. Así pues, el pueblo de Israel tuvo que «trabajar [*abád*] duramente» como esclavos en Éxodo 1:13 y, más tarde, cuando Israel al fin queda libre, Faraón y sus consejeros cambian de parecer,

preguntándose: «¿Qué es esto que hemos hecho, que hemos permitido que Israel se fuera y dejaran de servirnos [*abád*]?» (Éx 14:5).

Sin embargo, la misma palabra puede usarse para referirse a un concepto más restringido de adoración, el tiempo preciso de encontrarse con el Señor. Por lo cual Jehová le promete a Moisés desde la zarza ardiente: «Cuando hayas sacado al pueblo de Egipto ustedes adorarán [*abád*] a Dios en este monte» (Éx 3:12). Aquí, no se refiere a una actitud de «toda la vida», sino a un momento preciso de adoración. *Abád* se usa muchas otras veces en el Antiguo Testamento este sentido «restringido» (ver, por ejemplo, 2 S 15:8; Sal 102:22; Is 19:21).

A estas alturas, vale la pena notar que la idea de adoración de «toda la vida» no aparece en el Nuevo Testamento. La gente a veces tiene una idea de la adoración que va más o menos así: «En el Antiguo Testamento, Israel tenía que reunirse a adorar en el templo, pero en el Nuevo Testamento, Jesús le dijo a la mujer samaritana que la gente ya no adoraría en el templo, sino en espíritu y en verdad. Esto significa que la “adoración grupal” es remplazada por la adoración de “toda la vida”. Es por eso que Pablo dice que debemos ofrecer nuestro cuerpo como sacrificio vivo, y este es nuestro “culto racional” (Ro 12:1). Nuestras reuniones hoy en día no se tratan de adoración porque toda la vida es adoración».

¡Esta línea argumental sería tan confusa para un israelita del Antiguo Testamento como lo debería ser para un

creyente del Nuevo Testamento! «¿Qué quieres decir con que ahora “toda la vida es adoración”? —diría el israelita—. ¿Qué crees que hemos estado haciendo por miles de años?». Asimismo, en Juan 4, Jesús no está diciendo que la idea de una adoración grupal se acabó. Más bien, su ubicación está cambiando. Lo que alguna vez estuvo centrado en Jerusalén se hará posible en todo el mundo para todo aquel que se reúne en el poder del Espíritu Santo y en la verdad del evangelio. En efecto, ¡la conversación entera gira precisamente en torno a la adoración grupal!

Pueblo de Dios: ¡Reúnanse!

Volviendo al Éxodo, es verdad que el gran rescate permitió que Israel sirviera/adorara a Jehová con toda su vida. Sin embargo, la historia entera se dirige hacia un encuentro especial con Dios en el Sinaí. Allí, Dios reúne a Su pueblo y se encuentra con ellos mediante Su Palabra. Ellos no ven nada, pero Su voz resuena como trueno, frecuentemente mediada por el profeta Moisés. La Palabra reúne al pueblo para adorar. A partir de la primera reunión en el monte Sinaí, ese día es conocido como «el día de la asamblea» (Dt 9:10; 10:4; 18:16). Dios reúne a Su pueblo para que lo adoren al escuchar Su Palabra y presentarle diferentes ofrendas. Regresaremos más tarde a los detalles, pero se establece un principio crucial: reunirse para adorar es una gran parte de la meta del rescate por parte de Dios.

Es por eso que cuando los israelitas parten del Sinaí, no abandonan la idea de tener un día para reunirse y adorar. En el cuarto mandamiento, Dios le da a Su pueblo un día de reposo sabático, de dejar sus labores diarias para reunirse y adorar: «Seis días se trabajará, pero el séptimo día será día de completo reposo, santa convocación» (Lv 23:3). *Convocación* no es una palabra que usemos mucho hoy en día, pero significa «llamar a una asamblea». Otras traducciones, como la Nueva Traducción Viviente, la llaman una «asamblea santa». Más adelante, el libro de los Salmos resuena con llamados para que esta asamblea o congregación alabe y adore al Señor:

¡Alabado sea el SEÑOR!

Daré gracias al SEÑOR con todo mi corazón
al reunirme con su pueblo justo (Sal 111:1, NTV).

¡Alabado sea el SEÑOR!

Canten al SEÑOR una nueva canción;
canten sus alabanzas en la asamblea de los fieles
(Sal 149:1, NTV).

Esta perspectiva del pueblo de Dios, formado por el pacto, que se reúne por invitación de Él, con el llamado de Su Palabra, en un día escogido por Él, con el objetivo de alabarlo y adorarlo es fundamental en toda la Biblia. También nos da una revelación de lo que es la adoración.

Podríamos dar todo tipo de definiciones que serían fieles a las Escrituras. A partir del Salmo 29, podríamos decir que adorar es reunirse para proclamar la grandeza de Dios: «Tributen al SEÑOR la gloria debida a Su nombre; Adoren al SEÑOR en la majestad de la santidad» (Sal 29:2). A partir del Salmo 95, podríamos enfocarnos en la idea de la adoración como el acto de postrarse delante de Dios: «Vengan, adoremos y postrémonos; Doblemos la rodilla ante el SEÑOR nuestro Hacedor» (Sal 95:6). Otros se han enfocado en definiciones de adoración que terminan siendo listas de actividades: adorar es cantar, orar, predicar la Biblia y demás.

Para una perspectiva general, podríamos sencillamente decir que la adoración es la respuesta correcta del pueblo de Dios cuando se juntan para encontrarse con Él. Un libro útil sobre la adoración tiene el gran título de *En la presencia de Dios*.¹ Las palabras de adoración, como hemos visto, abarcan muchas cosas. A veces, el enfoque sí está sobre una actividad en particular, como postrarse o cantar. Sin embargo, toda reunión de adoración se trata de cómo Dios se encuentra con Su pueblo. Para los propósitos de este libro, nos concentraremos en la forma práctica que debe tomar esto en la iglesia cuando nos reunimos cada día del Señor.

¿Cómo podemos adorar?

Pregúntale a cualquier israelita dónde tiene lugar la adoración, y te dará una respuesta sencilla. Tiene lugar,

por supuesto, en la casa de Dios, en el templo o, en su forma anterior, el tabernáculo. ¿Dónde se puede adorar a Dios sino en el lugar de Su presencia? Después de todo, para adorar a Dios, ¡Él tiene que estar ahí!

El templo huerto

El primer templo en la Biblia no es edificado por manos humanas. No. El primer lugar de encuentro entre Dios y el hombre es el huerto del Edén. Aquí, Dios «se paseaba [...] al fresco del día» (Gn 3:8). De hecho, el huerto se describe con una terminología que nos recuerda al templo. O, más bien, el tabernáculo y el templo que le siguen se describen como versiones en miniatura del Edén. El velo del templo, protegiendo la entrada al santuario interior donde se encontraba el estrado de los pies de Dios —el arca del pacto—, tenía querubines bordados en él. ¿Por qué? Porque el huerto del Edén estaba protegido por querubines. El candelabro en el lugar santo tiene la forma de un árbol y el templo está decorado con granadas y frutas, de nuevo para recordarle al adorador el lugar original de encuentro entre Dios y Su pueblo. El tabernáculo debía colocarse con la entrada en el oriente, así como el huerto tenía su entrada en el oriente (ver Gn 3:24).²

¿Por qué es importante esto? Aquellos de nosotros que estamos menos sumergidos en el mundo del Antiguo Testamento, podemos pasar por alto esto, pero para un israelita que leyera Génesis 1–3, las implicaciones serían

evidentes. Dios diseñó el huerto del Edén como el primer espacio para la adoración y anhelaba encontrarse allí con Su pueblo. El objetivo era que encontráramos nuestro deber y nuestro gozo en adorarlo y servirlo a Él. Desde aquí, ya podemos ver un principio que moldeará nuestros propios servicios: Dios decide dónde se encontrará con Su pueblo. La invitación viene de Él y, por lo tanto, le toca a Él definir la ubicación. Nosotros no lo convocamos en el lugar y en la manera que nos plazcan. Los términos de la interacción son Suyos.

El problema del tabernáculo

Adán y Eva, sin embargo, quisieron más. En lugar de adorar y servir al Señor, le hicieron caso a Satanás y fueron expulsados del paraíso. El pecado los dejó inaptos para la presencia de Dios y, como tal, el camino de vuelta a Su presencia quedó resguardado por querubines y una espada encendida. Intentar acercarse a Dios significaría la muerte. La adoración ahora sería imposible.

Y, sin embargo, en Su gracia, Dios no se dio por vencido con Su pueblo. No tenemos espacio aquí para explorar cada etapa del recorrido, pero a lo largo del libro del Génesis, nos encontramos con aquellos que invocaron el nombre del Señor, un pueblo que, de alguna manera, es capaz de adorarlo. A veces, llevan ofrendas como Abel; a veces, edifican altares como Abraham. Pero los sucesos dan un salto tremendo hacia adelante con el rescate de Israel de Egipto y la fabricación del tabernáculo.

El libro de Éxodo termina con una escena en la que Dios «se muda» a Su nuevo hogar terrenal. Por supuesto que, en cierto sentido, Él siempre está presente en todo lugar. Sin embargo, es en el centro del tabernáculo que la nube gloriosa, el símbolo visible de la presencia especial de Dios, se instala. Dios ha vuelto a habitar con Su pueblo. Pero queda un problema. Dios le ha mandado a Moisés: «El primer día del mes primero levantarás el tabernáculo de la tienda de reunión» (Éx 40:2).

La tienda tiene dos nombres. El primero es un tabernáculo, una «morada» para Dios. Sin embargo, también se supone que sea una «tienda de reunión». Dos palabras hebreas distintas describen la misma entidad física. Para el final de Éxodo, la tienda ciertamente es una morada. Sin embargo, la entrada de Dios a ella significa que todos los demás deben salir:

Entonces la nube cubrió la tienda de reunión y la gloria del SEÑOR llenó el tabernáculo. Moisés no podía entrar en la tienda de reunión porque la nube estaba sobre ella y la gloria del SEÑOR llenaba el tabernáculo. (Éx 40:34-35).

Ni siquiera Moisés puede permanecer en la tienda cuando llega la presencia de Dios. De manera que, como lo afirma el erudito del Antiguo Testamento Michael Morales, el tabernáculo (la morada) no era todavía un lugar de reunión.³ Ningún pecador puede acercarse. La adoración sigue siendo una imposibilidad.

Por la espada y por el fuego

Gracias a Dios que la Biblia no termina en Éxodo. El siguiente libro, Levítico, comienza.

El SEÑOR llamó a Moisés y le habló desde la tienda de reunión: «Di a los israelitas: “Cuando alguien de ustedes traiga una ofrenda al SEÑOR, traerán su ofrenda de animales del ganado o del rebaño”» (Lv 1:1-2).

Dios está activo, llamando a Moisés a Su presencia. Y, de nuevo, Dios está buscando adoradores que se acerquen a Él. Podríamos traducir las Palabras de Dios en el versículo 2 como «Si algún hombre [*adám* en hebreo] se acerca...». Dios está abriendo un camino para que el hombre —¡Adán!— regrese a Su presencia. Y, tal como el resto del libro de Levítico deja en claro, esto requiere sacrificios u ofrendas. De hecho, la palabra que se traduce *ofrenda* en Levítico proviene de la palabra hebrea que significa «acercarse». Podríamos decir que los israelitas deben acercarse con sus «acercamientos». Estas ofrendas de diversos animales le permiten al adorador acercarse de forma segura al Señor.

Aunque existe bastante variedad en las cinco ofrendas principales que Levítico detalla, el núcleo de ellas es la idea de que se debe matar un animal y luego quemarlo en el altar antes de que pueda haber más adoración. Notemos que el animal, el cual representa al adorador, debe pasar por la espada y por el fuego: debe morir por la espada

y después ser quemado en el altar. Es como si la espada encendida del querubín cayera sobre el cordero en vez de sobre Adán. Una vez que eso ha sucedido, y el adorador está «limpio» a los ojos de Dios, puede comenzar todo el conjunto de ofrendas y de festividades. ¡Y vaya que había muchas! El calendario en Israel, ya fuera por semanas, por meses o por años, estaba estructurado en torno a la adoración a Dios. Sin embargo, no podía haber ofrendas ni festividades hasta que la espada y el fuego hubieran consumido al sustituto que llevaba el pecado del adorador.

Levítico y todo el sistema del tabernáculo reafirman la lección del Edén: es Dios quien decide en dónde encontrarse con Su pueblo. Asimismo comienza a ser evidente que Dios es quien decide *cómo* podemos acercarnos a Él.

La espada y el fuego del Gólgota

A estas alturas, no te culparía si te estás preguntando si te hemos engañado. ¿No se suponía que este era un libro sobre la adoración y no una guía de estudio sobre Levítico? Sin embargo, lo que estamos comenzando a ver, espero yo, es que la historia de la Biblia es la historia de la adoración. Creados para encontrarnos en asombro gozoso ante Dios, en el lugar y el tiempo de Su elección, desde el inicio más bien nos desviamos y comenzamos a adorar a otros «dioses». La respuesta justa de Dios fue expulsarnos del paraíso y dejarnos bajo la amenaza de la espada y del fuego si nos atrevíamos a acercarnos. Y, aun así, Su gracia siguió manifestándose: el sistema sacrificial

del Antiguo Testamento ofreció una manera en que Su pueblo podía reunirse con Él a adorarlo, aunque es cierto que de forma limitada. El tabernáculo demuestra que no es poca cosa llegar a la presencia de Dios... pero quizás sería posible de nuevo. Los sacrificios no son el fin en sí mismos: son el prerrequisito para acercarse a Dios en adoración.

Dicho eso, como lo deja claro la epístola a los Hebreos, lo que se requiere para nuestra restauración plena a la presencia de Dios no es un sustituto animal, sino uno humano. El Hijo de Dios vino en la carne, hecho semejante a nosotros en todo, para poder llevar nuestro pecado a la cruz y, allí, soportar la ira justa de Dios en lugar nuestro. Jesús cayó bajo la espada y el fuego para que nosotros fuéramos librados. La muerte y el juicio lo consumieron para que nunca puedan consumir a Su pueblo. Él es «el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo» (Jn 1:29).

Al igual que los sacrificios del antiguo pacto que ilustraban Su obra, el sacrificio de una vez y para siempre de Jesús tuvo un propósito. La muerte de Cristo nos permite entrar de nuevo a la presencia de Dios, acercarnos a Él en confianza humilde. Este es un tema que se repite en Hebreos:

Por tanto, *acerquémonos* con confianza al trono de la gracia para que recibamos misericordia, y hallemos gracia para la ayuda oportuna (He 4:16).

Se introduce una mejor esperanza, mediante la cual nos *acercamos* a Dios (He 7:19).

Por lo cual Él también es poderoso para salvar para siempre a los que por medio de Él se *acercan* a Dios (He 7:25).

Acerquémonos con corazón sincero, en plena certidumbre de fe, teniendo nuestro corazón purificado de mala conciencia y nuestro cuerpo lavado con agua pura (He 10:22).

Recordemos que Levítico comenzó con las instrucciones de Dios a Moisés sobre cómo acercarse a Él. Aquí al fin en la muerte expiatoria de Jesús está la respuesta.

Hay mucho que podríamos decir sobre qué logró la cruz. Sin embargo, para nuestros fines, nos concentraremos en un tema: la cruz hace posible la adoración. Considera el clamor de Jesús mientras la oscuridad lo rodeaba en el Gólgota: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?». Él estaba citando la primera línea del Salmo 22. Si te tomas un momento para leer ese salmo, descubrirás que es una profecía increíble de la crucifixión. Los primeros veintiún versículos abarcan con tremendo detalle la agonía de la cruz, el descenso de Cristo hacia la muerte. Pero el salmo no termina allí. El versículo 22 cambia de dirección. Es una transición de la vida a la muerte.

Hablaré de Tu nombre a mis hermanos;
En medio de la congregación te alabaré.
Los que temen al SEÑOR, alábenlo;
Descendencia toda de Jacob, glorifíqueno,
Témanlo, descendencia toda de Israel (vv. 22-23).

Aquel que descendió a la muerte ¡ahora ha vuelto!
¿Y para qué? Para dirigir a la congregación en adoración.
(¡Observa de nuevo el tema de la asamblea o la congregación!). Regresaremos a esta idea varias veces durante los capítulos que vienen, pero por ahora solo notemos que el mismo salmo que Jesús usa para mostrarnos lo que está sucediendo en el Calvario es el mismo salmo que profetiza que el Crucificado se levantaría de nuevo para dirigir a Su pueblo en adoración. La adoración es la meta de la expiación.

El líder de adoración supremo

Todo esto significa que, a fin de cuentas, Jesús dirige la adoración. Él es quien hace posible y seguro que los pecadores como nosotros nos acerquemos a Dios. Jesús es el Cristo o el Mesías. Estas palabras —una griega y otra hebrea— significan lo mismo: *ungido*. En el Antiguo Testamento, había tres tipos de personas que eran ungidas con aceite derramado sobre su cabeza como señal de su nombramiento como siervos de Dios. Estos tres eran los profetas, los sacerdotes y los reyes. Jesús hereda cada uno de los oficios. Como *profeta*, Él es Aquel a través de

quien Dios nos habla. Como *rey*, Él gobierna sobre nosotros y nos defiende. Como *sacerdote*, Él hace expiación por nuestros pecados e intercede por nosotros. Los tres papeles son relevantes para nuestra adoración. Es Jesús el profeta quien nos habla cuando Su Palabra se predica con fidelidad. Es Jesús el rey quien determina qué hará y qué no hará el pueblo cuando nos reunimos. Y es Jesús el sacerdote quien dirige a la congregación en adoración.

Todo esto significa que no hay manera de encontrarse con Dios sino en y a través de Cristo. Él no solo es nuestro gran Sumo Sacerdote (ver He 4:14); Él es el verdadero templo donde Dios y el hombre se encuentran (ver Jn 2:21). Así que, si deseas encontrarte con Dios, ver Su gloria y adorarlo, el único lugar al que puedes acudir es a Jesús.

Un pueblo que adora

Si Jesús es tanto el líder como el lugar de adoración, entonces ya podemos responder a la pregunta de «¿Quién puede adorar?». La respuesta es cualquiera que haya puesto su confianza en Él. La verdadera adoración solo es posible para los cristianos. Nadie más puede acercarse a Dios con seguridad; nadie más puede ser aceptado. Jesús es el único Hijo verdaderamente amado del cielo; Él es el único sumo sacerdote; Él es el único sacrificio expiatorio. Y, por lo tanto, Él es el único líder de adoración. Solo aquellos que llevan Su nombre pueden adorar con Él. Volviendo al Salmo 22 (retomado y

aplicado a Jesús en Hebreos 2), Cristo le promete a Dios: «Hablaré de Tu nombre a *mis hermanos*» (Sal 22:22). Es la familia de Cristo la que se reúne a adorar; la adoración es para la iglesia.

Esto es relevante en cuanto a cómo pensamos sobre nuestros servicios. No son *en primer lugar* eventos evangelísticos. No somos llamados a planearlos *en primer lugar* para aquellos fuera de la iglesia. Los pastores y cristianos enfocados en misiones a veces se sienten tentados a eliminar del culto cualquier cosa que pudiera ofender o confundir a un incrédulo. Esto a menudo se hace con los mejores motivos al intentar crear un lugar para que los que no son cristianos escuchen el evangelio. Y por supuesto que es maravilloso que los incrédulos e interesados nos acompañen los domingos por la mañana. Pablo se imagina tal situación en 1 Corintios 14:24-26.

No obstante, cuando nuestros amigos nos acompañan al servicio de adoración, están siendo invitados a ver a la iglesia haciendo lo que fue llamada a hacer: adorar al Dios vivo. No les ayudará que escondamos grandes partes de lo que somos y de lo que Dios nos ha llamado a hacer. En lugar de buscar innovar y ser relevantes, encontramos la libertad y el poder verdaderos en confiar que Dios obrará de las formas que Él nos ha revelado. Nuestros amigos escucharán a Jesús hablar a través de Su Palabra. Verán a Su pueblo descargar sus preocupaciones y ansiedades con un buen pastor que los ama. Escucharán cómo el consuelo y la garantía del evangelio se aplican a

las ovejas heridas. En resumen, tendrán el privilegio de presenciar cuando Dios se reúne con Su pueblo durante el momento más importante de la semana. Y oramos que, como el hombre en 1 Corintios 14, «[caigan] de rodillas y [adoren] a Dios declarando: “En verdad, Dios está aquí entre ustedes”» (v. 25, NTV).

Todo esto sucede cuando la iglesia se reúne en el nombre de Jesús y adora como Él nos ha instruido, no cuando eliminamos la oración, acortamos los sermones a charlas de cinco minutos, abarrotamos el servicio con videos y servimos donas y café durante el descanso. ¡Podemos confiar que los dones de Dios cumplirán los propósitos de Dios!

Conclusión

La adoración se trata de encontrarse con Dios a través de Cristo. En lugar de considerarla una actividad en la que nosotros desempeñamos algo, ya sea para mantener a Dios contento o para mantenernos animados unos a otros, debemos pensar primero en Dios, en Su gracia y Su misericordia. ¡El que Él quiera encontrarse con nosotros es extraordinario! Desde aquí podemos ver que, sin importar qué digamos sobre qué hacemos durante nuestra adoración, estas actividades no son peldaños que debemos subir para acercarnos a Dios. En cambio, son «medios de gracia», cosas que Dios usa para bendecir a Su pueblo.

Preguntas para reflexionar

1. ¿Cómo describirías el vínculo entre el evangelio y la adoración?
2. ¿Qué sucede cuando la iglesia se reúne a adorar?
3. ¿Qué le dirías a alguien que te dice: «Toda la vida es adoración, así que no tiene nada de especial reunirse los domingos»?
4. ¿Por qué es importante que Jesús sea nuestro líder de adoración?
5. Lee de nuevo los versículos de Hebreos en las páginas 34 y 35 que hablan de nuestro acercamiento a Dios. ¿Qué cosas pueden impedir que queramos acercarnos a Él? ¿Cómo nos anima el evangelio a hacerlo?